

EL

**INCONME-
SURABLE**

AMOR



Catalina Barona Pereira

En mi caso no fue una opción, mi papá decidió por mí dos cosas antes de nacer: la primera, mi nombre; la segunda: que sería hincha del América de Cali. Mi infancia estuvo marcada por sus historias sobre el fútbol, crecí escuchando recuerdos de Julio César Falcioni, Juan Manuel Battaglia, Roberto Cabañas y Anthoy De Ávila, por nombrar algunos.

Crecí sabiendo quién era el Doctor Gabriel Ochoa Uribe, me sabía la nómina campeona de 1979 y se la recitaba mientras él me miraba entre risas. Desde pequeña saqué pecho por el Pentacampeonato y supe que no podría hacerle fuerza nunca a Peñarol ni a River, porque eso contrariaba lo que eran mis códigos.

Él era un hombre que sabía muchísimo de fútbol, yo más bien, una enloquecida por él. Sus conversaciones sobre técnica y capacidades de los jugadores me embelesaban durante los desayunos de los fines de semana. Hoy, sigo queriendo hablar de fútbol como él.

Comencé a ir al estadio muy pequeña, íbamos a oriental segundo piso, con un grupito de señores que siempre me parecieron una maravillosa compañía. De ellos, más que de mi papá, aprendí a gritar en el estadio, siempre apoyando al equipo como era su filosofía.

Los goles del Rojo abrazada a la cintura de mi papá eran los relevos constantes del mejor momento de mi vida. Comencé a comprender que estaba en frente de un equipo que se paseaba por una copa muy importante, pero me enfadaba que no me llevaran

a los juegos entre semana porque debía ir a dormir temprano y me enojaba más porque tampoco los podía ver y debía esperar hasta el otro día que mi papá me dijera el resultado.

Cuando cumplí nueve años, la vida me cambió. Mi papá tuvo que irse del país y con él, se fueron mis domingos, mis mañanas hablando de fútbol y por supuesto, mis idas al estadio.

Así pasaron 10 años. Durante sus vacaciones coincidimos en algunos partidos solamente. Pero nos llamábamos cada noche para hablar de la fecha del fin de semana y discutir cómo se veía América. Viví sin él épocas duras del equipo, pero lo tuve siempre a la vuelta de una videollamada por 'Messenger' para que me ayudara a entender lo que mi fanatismo no comprendía.

Perdí la cuenta de cuántos partidos le narré por chat, luego, volví a ir al estadio con uno de mis primos y pese al cambio de horario, me esperaba despierto hasta que lo llamara y le confirmara si lo que había visto por televisión era lo mismo que había sucedido en el Pascual.

En marzo de 2008, veríamos nuestro primer partido juntos en años y también nuestro último partido de la vida. Justamente el 22 nos medíamos frente al equipo de mis abuelos, el rival de patio al que ya mirábamos por el retrovisor, pero que siempre ha sabido complicarnos la vida cuando nos lo encontramos de frente.

Ese día, solo pedía que se me permitiera vivir una alegría con él. Llegamos a oriental segundo piso, nos

ubicamos y yo me uní a los cantos a favor de América que hacían pensar que era el local, mientras me apoyaba en la baranda y él me miraba entre la gracia y la angustia de verme tan engeguedada en vivo y en directo.

Aquel día le ganamos por 4 goles a O al Deportivo Cali. Luego de esos 4 abrazos que no olvidaré nunca, me dijo —este año completamos las 13 estrellas, ponele la firma—. Ese día mi papá llegó a casa diciendo entre risas que no volvería conmigo al estadio porque yo gritaba sin pensar a quién tenía al lado, un vaticinio.

Vimos al América perder la final del primer semestre con Chicó y yo ahogada en lágrimas solo escuchaba al otro lado del teléfono su voz serena diciéndome “falta otro, en diciembre salimos campeones y lo veremos juntos”. Cuánto habría querido que se cumpliera esta profecía y no la primera.

Mi papá murió de forma inesperada en agosto de ese año. Pero nunca dudó de América. Tuve que vivir el campeonato frente a Medellín sin él en el estadio y en el teléfono. Simplemente ya no estaba, y esa aterradora sensación de vacío se apoderó de mi celebración. En cuatro meses y nunca como ese día, me sentí sola, caí arrojada en aquel Pascual a reventar y volví a ahogarme en llanto, un llanto que contrastaba con la alegría de los otros cuarenta mil. Lo extrañé como todos los días juntos y elevados a la ene potencia, lo extrañé sumando los días que me quedaban por extrañarlo.

Luego, entramos en aquel bache tan profético. El resultado no pudo ser

otro, descendimos. Ese día, le hablé antes de dormir y le dije que era la única vez que me había alegrado que no estuviera a mi derecha en el estadio.

Fueron cinco años de resistencia, años sin faltar al estadio y pensar en que en ese cuadradito de al lado estaría él con su serenidad, diciéndome que en algún punto todo estaría bien. Jugando en canchas vergonzosas, contra equipos que jamás había escuchado, jugando mal. Ilusionándonos con volver y pegando pedazos del corazón cada que no se podía.

Ascendimos y sentí alivio. Pero fueron de nuevo años de ver cómo el equipo no lograba consolidar un proyecto prometedor, lo que me hacía empeñarme en no olvidar su voz diciéndome que todo estaría bien en algún momento.

Ese momento llegó el 7 de diciembre de 2019. Ese América, con honor y fútbol, se coronó campeón por decimo-cuarta vez. Ese día, de nuevo, lo extrañé con mi alma. Lloré de nostalgia desde la tribuna norte del Pascual, rodeada de los abrazos de quienes entienden estas pérdidas porque las han vivido.

Ese día, las lágrimas también fueron de alegría y de orgullo porque el corazón por fin se encajó en su lugar, porque regresamos al lugar que nos pertenece, porque mientras el estadio se caía de júbilo, yo miraba su foto y le agradecía por tan incommensurable amor.

